

* La mandrágora

Notas al programa R.M. Juarbe

Universidad de Puerto Rico recinto de Río Piedras

“...el fine si ha a riguardare in tutte le cose”
-Fray Timoteo

Sobre Nicolás Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia en 1469 y murió en la misma ciudad en 1527. Fue diplomático, funcionario público, filósofo político y escritor renacentista. A pesar de su extensa y variada producción literaria, su obra más conocida y estudiada es el tratado de gobierno titulado *El príncipe*. Desde su primera edición y todavía en el siglo XXI, *El príncipe* causa controversias, reacción que muy bien podría atribuírsele a una frase que, aunque no aparece como tal en el texto, siempre se ha relacionado con él: “el fin justifica los medios” y al uso común del adjetivo “maquiavélico” como sinónimo de astuto, pérfido o hipócrita. Tanto la célebre frase como el adjetivo derivado de su “supuesto” autor, pueden servir de referentes en la interpretación de otra obra del mismo escritor: *La mandrágora*.



La mandrágora o cómo la búsqueda del placer justifica los medios

Nicolás Maquiavelo fue exiliado de 1512 a 1521. Alejado físicamente de la política florentina, pasó esos años recluido en San Casciano, lugar en donde escribió, entre otros, *El príncipe* en 1513 y *La mandrágora* en 1518.

En *La mandrágora*, que más que comedia parece farsa por sus personajes caricaturescos y situaciones inverosímiles, coinciden temas, motivos y recursos literarios medievales y renacentistas. De esta manera se puede argumentar que el texto contiene: un tratado sobre la brevedad de la vida; una apología del hedonismo; una ilustración del dinero como “el gran agitador”; una lección sobre los peligros de la falsa erudición (e.g. los “latines”); un caso de “amor de oídas” y de mal de amores; una advertencia sobre los

* Notas de la puesta en escena del Teatro Rodante Universitario bajo la dirección del profesor Dean Zayas, Teatro Julia de Burgos, 24 de septiembre al 30 de octubre de 2013.

riesgos de un matrimonio mayo-diciembre y, por supuesto, ejemplos de misoginia y anticlericalismo. En cuanto a los recursos literarios y dramáticos, se deben enfatizar los juegos de palabras con equívocos (nueces, cuernos y báculo) y parónimos (San Cucú), el acertado uso de disfraces y máscaras (Calímaco con su gran nariz) y, claro está, la mandrágora como símbolo fálico.

Si en *El príncipe* Maquiavelo propone que el estratega político debe saber manipular, persuadir y conquistar, la sátira de *La mandrágora* podría interpretarse como una metáfora de la misma estrategia. En un burlesco triángulo amoroso, que parece sacado de los cuentos de Boccaccio, encontramos al



joven enfermo de amor (Calímaco); la joven esposa insatisfecha (Lucrecia) y el viejo, tonto y, seguramente, impotente esposo (Nicias). La tríada se hace más compleja con la complicidad de otros dos personajes también típicos de los relatos cómicos medievales: una trota-conventos o alcahueta (Ligurio) y un cura avaro e hipócrita (Fray Timoteo). Todos los personajes, incluyendo a Siro, el sirviente y Sóstrata, la suegra de Nicias, tomarán, como lo expresa Calímaco, “cualquier decisión bestial, cruel, nefanda” con tal de satisfacer sus deseos. La falta de escrúpulos que, no sorpresivamente, culmina en un final

feliz para todos los personajes, se ve resumida claramente en dos frases de un parlamento-sermón-defensa del pecado de Fray Timoteo: “...no se debe nunca renunciar al bien por temor al mal” y “...ha de considerarse el fin en todo”. Y así, la búsqueda del placer, sea monetario o sexual, sí justifica los medios.